

Juan C. González Maya, *Entremeses nuevos (1643)*, Newark, Juan de la Cuesta, 2012, ISBN 978-1-58871-214-1

Ignacio Arellano

GRISO-Universidad de Navarra
31009 Pamplona, ESPAÑA
iarellano@unav.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 1.2, 2013, pp. 201-204]

Recibido: 21-06-2013 / Aceptado: 17-07-2013

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2013.01.02.17>

La recopilación de *Entremeses nuevos* de 1643 es una de las más tempranas colecciones del género. Recoge una selección bien representativa de los principales creadores, entre los que destaca, desde luego, Quiñones de Benavente (14 piezas de las 22 que se incluyen en el repertorio), siguiendo Calderón y Quevedo con tres piezas cada uno, y otros menos ilustres como Solís o Juan Navarro de Espinosa.

González Maya ha tenido la excelente idea de ofrecer al lector e investigador este volumen que constituirá sin duda una referencia imprescindible para el mejor conocimiento «del papel del teatro breve dentro de la fiesta teatral barroca» (p. 13). El valor de su tarea se acrecienta si se tiene en cuenta que el texto de la príncipe (base ineludible de la edición de González Maya) es «de extraordinaria rareza», considerado perdido hasta hace poco, y del que existe solo un ejemplar localizado, en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

Se trata, pues, de un servicio extraordinario que el editor presta a los estudiosos del teatro breve y en general del teatro del Siglo de Oro.

El estudio preliminar se abre con unos apuntes sobre el entremés barroco y una revisión de las colecciones de entremeses en el XVII, que permiten enmarcar con eficacia los textos que componen la presente colectánea. De especial utilidad práctica es la tabla de colecciones de pp. 27-30. Otros capítulos destacables son los dedicados a los autores representados en este libro, a las técnicas de la parodia, tramas, modalidades de lo jocoso, estrategias de engaños y burlas, juego escénico, tipos y figuras, lenguaje burlesco, conceptismo, etc., desarrollados con una economía que no daña su precisión. Solo podría apuntarse quizá la conveniencia de haber manejado alguna bibliografía sobre la risa o los tipos cómicos, como las diversas obras de Maxime Chevalier, o el volumen de *Demócrito aureo. Los códigos de la risa en el siglo de oro* (ed. I. Arellano y V. Roncero, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2006) que hubieran sido pertinentes a algunos de los análisis rea-

lizados, por otra parte, con sindéresis por González Maya. Se completa esta parte preliminar con detalles sobre la métrica, tablas de estrofas, y otros datos sobre la transmisión textual.

La parte nuclear del volumen es, claro está, la edición. A los que tengan alguna experiencia de esta tarea (que algunos idiotas —en el sentido de la lengua clásica—, consideran poco innovadora, cuando es el punto de partida de todo trabajo serio sobre los textos) no les extrañarán las abundantes dificultades que se oponen al editor empeñoso, sobre todo en textos tan difíciles como los entremeses. Desde esa perspectiva es de elogiar el cuidado y la corrección con la que se fija el texto y la excelente resolución de las notas, siempre pertinentes, nunca excesivas, bien ajustadas a su objetivo de aclaración del texto¹. Persisten (es inevitable) algunos problemas, que no tengo la pretensión de solucionar en su integridad, pero que quizá pueda contribuir a revisar en algunos puntos más notables.

p. 120, vv. 13-17: el cuentecillo del pintor que quiere retratar a su mujer cuando más bella esté, es decir, el día de su muerte, es apotegma de Juan Rufo que reescribe Lope de Vega en un soneto de las *Rimas de Tomé de Burguillos* (ver Arellano, I., «Un soneto de Lope: "Duerme el sol de Belisa en noche oscura", supuestamente envilecido, y su fuente, *Revista de filología española*, 91.2, pp. 337-342). Este texto de Benavente, por cierto, confirma mi interpretación del soneto de Lope, para la que no lo tuve en cuenta.

p. 131: hay una carta cuyas líneas se numeran como si fueran versos, pero es fragmento en prosa que convendría no numerar (son los falsos vv. 201-203).

p. 132: *devanador*: más que referencia a las parcas parece maldición contra el papel, al que se le desea que sea devanador ('Alma de cartón o papel sobre la que se devana el hilo'): cualquier cosa que tenga que ver con una vieja es mala.

p. 137: el «lampiño de la China» no hace referencia a algún tipo de seda fina, sino a los perros chinos, una raza de compañía caracterizada por ser sin pelo: ver el romance de Quevedo «Con mondadientes en ristre», sobre don Lesmes de Calamorra que se corta el pelo obligado por una premática: «el rostro perro de agua / ya de perro chino sale»; y en el *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando*: «y si fuera posible me calvara / y te aguardara como perro chino», etc.

p. 247, v. 133: es difícil que se pueda atestiguar la exclamación ¡Fa!, porque sin duda es una errata por ¡Ea! (confirmado además por la rima).

pp. 275-276: aquí hay pasaje bastante difícil, característico de la técnica conceptista, alusiva y burlona de este tipo de textos. Convendrá citarlo con más detalle antes de intentar una explicación. Es el entremés de Benavente, *El aceitunero*. El texto consiste en el pregón del vendedor de olivas:

1. Valgan los ejemplos, entre los muchos posibles, de las notas 60 (p. 123), 88 (p. 125), 194 (p. 130), 37 (p. 139), 115 (p. 145), 202 (p. 151), etc. todas ellas excelentes.

¡Aceitunas cordobesas
 tan sin huésped de aposento
 que aun no viven en sus casas
 los que con ellos nacieron²!
 Tan sin ellos son las mías
 que hiciera un milagro el tiempo
 si pesaran como yo
 los hermanos carniceros.
 No como las de Barajas
 [...]
 guardainfante en hembra flaca,
 mucha popa y dentro un hueso.
 El laurel de vagamundas
 traen encima del pescuezo
 porque el no tener oficio
 solo en ellas diz que es bueno.

González Maya anota correctamente el sentido de huésped de aposento y cree que la referencia a los carniceros satiriza los engaños que hacen en el peso. Pero en realidad anuncia que vende aceitunas deshuesadas: sería milagroso, extraordinario, que los carniceros vendieran también la carne deshuesada (pues la venden con hueso y cobran el peso del hueso como si fuera carne). Las califica de vagabundas porque no tienen oficio: ¿qué oficio es este que no tienen y cuya falta es buena solo en el caso de las aceitunas? Alude ingeniosamente al oficio de zapatero, porque se llamaba aceituna zapatera «La que ha perdido su color y buen sabor, por haber comenzado a pudrirse» (*DRAE*). Estas que vende son buenas, no son zapateras, no tienen ese oficio. Comp. vv. 69-72, donde la mondonguera acusa al aceitunero precisamente de vender olivas zapateras: «Y sus aceitunicas / mudando el nombre / pueden por las esquinas / echar tacones».

p. 352: el tajador que saca Roldán no es una espada o cuchilla, sino un plato de madera, un trincherero, que usa de escudo grotesco.



Tajadores

2. Hay que enmendar «las que con ellas» por «los que con ellas» 'los huéspedes'; y lo mismo en el verso siguiente «sin ellas» por «sin ellos».

Pocas cosas más y de menor entidad podrían añadirse a un trabajo excelente que evidencia un conocimiento extraordinario del género, de los textos editados, y de las destrezas necesarias para ofrecer al mundo científico una contribución digna de elogio y que cumple con los requisitos exigibles para convertirse en una edición indispensable para todos los estudiosos e interesados en el difícil y fascinante territorio del teatro breve del Siglo de Oro.